

La renuncia a ser mejor

JULIAN
MARÍAS

D

desde que Europa se articuló en naciones

logradas, o en sociedades que aspiraban a serlo, es decir, desde comienzos del siglo XVI, hubo una forma de rivalidad que podemos llamar positiva: cada una de las sociedades con conciencia de unidad, de ser una variedad de lo humano, aspiraba a ser mejor que las demás, a ofrecer un modelo superior, que podría ser imitado, admirado, seguido. Se trataba de una competencia por la ejemplaridad europea.

Se preguntará: ¿y antes? Existía una pretensión análoga dentro de espacios más limitados. Por ejemplo, entre los diversos reinos de España. Recuérdense el Poema de Fernán González o los escritos de Jaime I de Aragón. O bien en forma relativamente abstracta, como cuando se pesaban las excelencias del Imperio el Sacro Imperio Romano Germánico—, el Pontificado o la Universidad de París.

Antes del siglo XVI Europa entera no estaba en presencia. Y todavía entonces grandes porciones de ella quedaban "fuera", aunque dentro de un horizonte común. La historia de los siglos siguientes, hasta fines del XVIII, en forma bastante distinta el XIX y principios del nuestro, fue la extensión a la totalidad, a la Europa completa. Y al final de esta época fue entrando América en el campo visual, se fue dibujando la figura de Occidente como el verdadero ámbito en el cual acontecía esa aspiración a ser mejor, a convertirse en modelo ejemplar.

«La aparición del "nacionalismo", ya en el siglo XIX, introdujo un elemento nuevo, que antes apenas había existido: la hostilidad entre países. Se empezó a pretender ser, no mejor, sino más fuerte, más grande, más rico.»

* Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense. Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

No sólo de los países como "potencias" —esto fue ya un principio de degeneración, desde la Revolución Francesa y las

guerras napoleónicas—. Se trataba de una ejemplaridad humana, de presentar un modelo de hombre— y también de mujer, aunque con menos visibilidad —superior a los otros. Es decir, fundamentalmente se luchaba por una ejemplaridad positiva, creadora, que podía ser una rivalidad fraterna, aunque en muchas ocasiones fuese cainita. Las naciones de Europa se han hecho la guerra casi siempre, pero a la vez se admiraban, imitaban, recibían influjos mutuos, se interpenetraban. Las guerras, por lo demás, hasta el final del siglo XVIII, eran muy limitadas, y no participaban en ellas los pueblos como tales, sino ejércitos o escuadras, de volumen bastante modesto. La aparición del "nacionalismo", ya en el siglo XIX, introdujo un elemento nuevo, que antes apenas había existido: la hostilidad entre países. Se empezó a pretender ser, no mejor, sino más fuerte, más grande, más rico. Se inició una actitud de "exclusivismo", de desdén o aversión hacia los demás. En suma, a la rivalidad positiva, fundada en cualidades superiores, consistente en una "oferta" de un modelo que se podía admirar y adoptar, sucedió la rivalidad negativa, que pretendía dominar y no contagiar o persuadir, sojuzgar y acaso, en forma extrema, destruir. Esta es la forma que adoptan los nacionalismos desde mediados del siglo XIX. ¿Y ahora, al terminar el siglo XX, cuando ya se lanza una mirada al año 2000, que está al alcance de la mano? Estamos asistiendo al fin de la ambición. No seré yo quien se alegre de ello. Ha desaparecido esa rivalidad entre las naciones de Europa; ninguna de ellas pretende hacer las cosas mejor que las demás, crear una cultura más valiosa, ofrecer un modelo humano superior a los que representan las otras naciones. ¿Será que se sienten "hermanas", que han cesado de intentar superarse? Sería admirable, pero es más dudoso.

La relación principal entre las naciones de Europa en el momento presente consiste en el desconocimiento mutuo y la indiferencia. Hay ciertamente "comunicación", informaciones a cargo de los medios técnicos que dominan el mundo actual; también organizaciones internacionales, asambleas, instituciones, regulaciones múltiples. Pero la peculiaridad de las diversas naciones es desconocida, acaso en un grado mayor que en cualquier otra época cercana.

Uno de los factores de esto es la proximidad y la semejanza superficial. Los países europeos son más "parecidos" que nunca. Los que viajaban de uno en otro encuentran las mismas cosas, una red de organizaciones, recursos, usos, facilidades, con muy pocas diferencias. Los mismos productos en las tiendas; facilidades para cruzar las fronteras, que casi no existen. Esto parece maravilloso, pero hace muchos decenios dije que las fronteras no son los lugares en que los países terminan, sino donde se encuentran, y esto empieza a no ocurrir.

La semejanza superficial encubre la profunda diversidad existente, que ni siquiera se percibe, ante todo porque falta la curiosidad. Las naciones de Europa no se admiran entre sí; más bien sienten un trasfondo de antipatía. Sienten otra forma de rivalidad, que consiste en la busca de las ventajas. En la Comunidad Europea, que empieza a llamarse Unión Europea, hay una sorda pugna por conseguir, no ser mejor, sino obtener la mejor parte. Se

« Estamos asistiendo al fin de la ambición. Ha desaparecido esa rivalidad entre las naciones de Europa; ninguna de ellas pretende hacer las cosas mejor que las demás, crear una cultura más valiosa »

reduce todo a lo económico o al poder administrativo —que es particularmente eficaz—. Se aspira, no a ser "el mejor europeo", sino el que tenga en sus manos más resortes para manipular Europa, para hacer triunfar sus intereses particulares.

Se está produciendo un repliegue de cada unidad dentro de sí misma, sin interés por las demás, sin abrirse a ellas, sin esa interpenetración que fue el modo de hacerse Europa. Se afirma cada unidad, no por sus cualidades, sino por ser ella, por definir un "nosotros" sin contenido, que acaba por desembocar en un "nosotros solos".

Esto explica el extraño fenómeno de la multiplicación de los "nacionalismos". Ahora no se trata de los de las naciones, sino sobre todo de lo que no son naciones (en unos casos, partes de las afectivas; en otros, de fragmentos de Europa que nunca habían alcanzado la condición nacional). Este es hoy uno de los problemas más graves de Europa, si no es el mayor. De forma especialmente aguda, brutal y estúpida en lo que fue Yugoslavia; en diversos lugares de lo que fue Unión Soviética, que al renunciar justificadamente al adjetivo ha tirado por la borda, apresuradamente, la Unión, sin sustituirla por otra; en el seno de naciones bien constituidas y de larga historia; por todas partes brotan nacionalismos negativos, exclusivistas, que no se fundan en un contenido real, en ninguna excelencia —real o imaginaria, ni siquiera imaginaria—, sino en el mero "nosostros", que casi siempre añade un siniestro "y nadie más".

Mientras se buscan unidades amplísimas pero abstractas, económicas y administrativas, sin contenido concreto, humano, en forma *de variedades insustituibles, se está produciendo una fragmentación de Europa y de sus partes reales, que tiende a la atomización. Lo más grave es que esta es "en hueco", sin contenido real, sin proyecto valioso, sin ambición en el sentido noble y positivo que puede tener esta palabra. Es curioso cómo los nacionalismos actuales muestran un extraño desconocimiento de la propia realidad —no digamos de la historia real, casi siempre compartida, inseparable de una más amplia, que se sustituye por una ficción absolutamente falsa—.

No significan una propuesta, una oferta accesible y tentadora. Son, simplemente, una reclusión en un "nosotros" bastante problemático, casi siempre artificial, sin carácter proyectivo, es decir, sin futuro. Lo que ha quedado de

lo que fue Yugoslavia parece carecer de solución, ni siquiera mala: desem boca en una serie de imposibilidades definidas por la exclusión, la hostilidad o el odio puro y simple. Es un caso extremo, pero en forma todavía venial se

encuentra la misma tendencia en casi todas partes.

El denominador común es la renuncia a ser mejor. Se ha provocado ese desánimo en casi todos los países extraeuropeos, hasta convertirse en un problema universal. Urge despertar en el mundo —por lo pronto en Europa, y dentro de cada una de las naciones— esa ambición deseable, ese apetito de perfección, ese afán de ser, no ya "mejor que los demás", sino lo mejor posible.

Esta podría ser la fórmula. Superando todo exclusivismo, toda actitud de refugiarse en una "tribu" aislada y hosca, llena de rencor y de conciencia de inferioridad real —el gran motor de los nacionalismos—, en presencia de todos los demás, sin confundirse con ellos, habría que aspirar a crear algo

«Uno de los factores de esto es la proximidad y la semejanza superficial. Los países europeos son más "parecidos" que nunca. Los que viajan de uno en otro encuentran las mismas cosas, una red de organizaciones, recursos, usos, facilidades, pocas diferencias»

nuevo y mejor, sobre todo una manera original de lo humano, capaz de ser compartida. Algo que signifique un incremento de la inteligencia, de la dignidad, de la esperanza, del amor. Lo contrario de las pasiones oscuras que se derraman por el mapa del mundo.

Como estas consisten en la negación y obturación del futuro, no pueden prevalecer. Desembocan inevitablemente en la mediocridad, el estancamiento y el desastre. Pero no podemos confiar en su extinción por falta de porvenir. Pueden destruir y hacer infelices a millones de personas. Es menester afirmar enérgicamente la voluntad de ser mejor.

«Mientras se buscan unidades amplísimas pero abstractas, económicas y administrativas, sin contenido concreto, humano, en forma de variedades insustituibles, se está produciendo una fragmentación de Europa.»

